

**MISA DE INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO DE LA PONTIFICIA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE 2018
6 de abril de 2018**

Homilía del Arzobispo de Santiago
Card. Ricardo Ezzati A., sdb

Señor rector, apreciados académicos, autoridades de la Pontificia Universidad Católica de Chile, señor Nuncio, muy queridos hermanos y hermanas en el Señor.

Comenzamos un nuevo Año Académico en forma oficial en el día de hoy, en nuestra Pontificia Universidad Católica de Chile. Y lo comenzamos con un acto de fe celebrando la Cena del Señor, la Acción de Gracias que nos permite reconocer, en primer lugar, que todo don viene de Dios, y también la humilde oración que nos permite ponernos delante del Señor y de nuestra tarea desde nuestra realidad humana, frágil, necesitada de luz y de fuerza que viene de lo alto, para pedirle al Señor que con su gracia nos acompañe, para que la tarea que emprendemos sea de verdad una tarea que conduzca a la mayor gloria de Él y, al mismo tiempo, al crecimiento de la vida humana, conscientes de que la gloria de Dios es el hombre y la mujer de bien, es decir, revestidos y conscientes de la dignidad que encierra la vocación humana y la vocación a ser hijos de Dios.

Al mismo tiempo, iniciar el Año Académico celebrando la Eucaristía, que es el sacramento de la comunión, es decir, de esa íntima comunión con Dios y entre nosotros por obra de Jesús, el Señor, que se hace presente por la fuerza del Espíritu Santo en medio de la comunidad, es también una invitación a ser universidad, es decir, a ser comunidad, una comunidad que en la convivencia, en el proyecto común va alcanzando la gran misión que tiene la universidad que nace del corazón de la Iglesia.

Y la Eucaristía de hoy se convierte, entonces, en la coherencia eucarística que estamos llamados a vivir en el día a día del quehacer de nuestra universidad. No son dos realidades discontinuas y diversas, sí, se distinguen, pero son dos realidades que tienen continuidad la una con la otra. La una exige también la otra. El ser una comunidad eucarística y el iniciar un año académico en una comunidad eucarística nos invita a ser coherentes con lo que celebramos aquí en la vida diaria de nuestra universidad, como un gran compromiso de caridad cristiana, como un gran compromiso de solidaridad, que nos hace sentir que todo hermano, desde el estudiante que llega a todos quienes conforman esta universidad, están llamados a ser servidos, con los mismos sentimientos con los cuales nos ponemos de rodillas delante el Señor en la Eucaristía.

Y el inicio de este año lo hacemos en el clima de la fiesta de Pascua. Estamos en la semana de Pascua, celebrando la victoria de Cristo, testimoniado la novedad de vida que él instauró con su muerte y resurrección y creyendo en la esperanza que nuestra humilde colaboración como Iglesia es anuncio y realización del Reino definitivo de Dios que anticipamos ya en la historia.

Por eso queremos ponernos también con humildad delante de la palabra de Dios de este día, viernes de la octava de Pascua. Nos encontramos, como en todos los días de esta semana, con dos textos. Uno sacado de los Hechos de los Apóstoles y el otro del Evangelio de san Juan.

Los Hechos de los Apóstoles nos presentan, en el contexto de Pentecostés, la predicación de los apóstoles, de una manera muy particular la predicación de Pedro. ¿Y qué cosa anuncia Pedro con la fuerza del Espíritu? Anuncia la presencia resucitada de Jesús en la vida de la comunidad. De verdad Jesús ha resucitado y el milagro realizado en la persona que recobró la capacidad de caminar expeditamente, es fruto de esa resurrección del Señor. ¿En nombre de quién este tullido está caminando? Está caminando en nombre de Jesús resucitado. Es él, el resucitado, que muestra en la liberación de una limitación humana, el poder de la liberación total que brota de la resurrección de Jesús. No solo de la liberación interior, sino también de la liberación física. No solo de la liberación física, sino también de la liberación total de la persona humana.

Y ante este anuncio, corroborado por el hecho del milagro del tullido, nos encontramos con dos actitudes diversas.

La primera: La de las autoridades molestas porque eran muchos los que abrazaban la fe. Nos dice el texto que después de la predicación de Pedro, acompañada por el milagro, unas cinco mil personas se habían agregado a los discípulos del Señor resucitado. Nos encontramos con esta realidad, que es una realidad que desde el comienzo de la historia de la Iglesia ha estado presente en la historia de la salvación.

Los poderosos que se molestan, que están en contra de lo que es la auténtica liberación de las personas y que están en contra del anuncio de aquel que ha venido a liberar al hombre y a la mujer de aquel mal que es la fuente y el origen de todos los demás males. El mal siempre está presente y yo diría que cuanto más el mal quiere hacerse presente en el mundo es porque la obra de la salvación está más que nunca presente en la historia de la humanidad.

¿Y qué cosa hacen las autoridades? Buscan cortar este flujo de vida. Detuvieron a los apóstoles. Lo encarcelaron, lo enjuiciaron. ¿Con qué poder sanan a este parálítico? Esta actitud no nos tiene que extrañar. Es la actitud que ha estado presente desde el comienzo de la historia de la humanidad. Desde que Dios ha puesto al hombre y a la mujer en el Jardín de Edén, invitándolos a vivir en su amistad. El enemigo del hombre ha hecho esto. Y el enemigo del hombre no termina de luchar en contra de Cristo y de su promesa

hasta el final de los tiempos. Pero sabemos que la victoria ya ha comenzado en la victoria de Cristo.

Y es la segunda actitud que nos revelan Los Hechos de los Apóstoles en el texto que hemos leído. El testimonio de los apóstoles, un testimonio claro, profundo, coherente. "Sepan ustedes y sepa todo el pueblo de Israel, es el nombre del Señor Jesucristo al que ustedes crucificaron que Dios resucitó". Él es la piedra angular, frente a la amenaza de los poderosos, frente al poder de los poderosos que parecen tener siempre la última palabra, la última palabra en verdad no es de ellos, la palabra es del Señor, sepan ustedes y sepa todo el pueblo, es el nombre de nuestro Señor Jesucristo al que ustedes crucificaron, pero que Dios resucitó y él es la piedra angular, sobre ningún otro hay salvación.

Nos podemos preguntar en la vida y en el testimonio de esta universidad, ¿no estarán presentes también estos dos condicionamientos, el condicionamiento poderoso, sin duda, de aquellos que pretenden otros proyectos, simplemente humanos, simplemente circunscritos al poder y al éxito del tiempo? ¿Y no estará fuertemente presente la gracia del Señor resucitado, que pide que esta comunidad universitaria sea testigo del Señor, de la salvación verdadera que él nos trae y que puede tener muchos enemigos y mucha gente que la contesta, pero que necesita tener en aquellos que han sido llamados como los apóstoles, testigos del Señor, en nombre de quien esta universidad que nace del corazón de la Iglesia, anuncia la verdad, el amor, la solidaridad?

¿No será la tarea fundamental también de esta comunidad cristiana universitaria el anunciar con fuerza, el testimoniar con claridad que ésta es la piedra angular y que no hay ningún otro en quien se pueda confiar la salvación verdadera y eterna?

Una segunda reflexión nos viene del Evangelio de san Juan que nos relata la aparición de Jesús resucitado a los apóstoles y también aquí vale la pena, detenernos un poco, algunos momentos, en el contexto, que estamos en las horas posteriores a la resurrección de Jesús. Recordamos como el Evangelista san Lucas recuerda, las reacciones de algunos de sus discípulos, entre ellas las de los dos discípulos que abandonan Jerusalén y se ponen en camino hacia Emaús, que podríamos decir, dejan de estar con Jesús y se vuelven a la vida anterior, a la vida antes de haber conocido a Jesús y que piensan: Nosotros pensábamos que él iba a ser el salvador, pero ya han pasado tres días, y es cierto que algunas mujeres dijeron que lo vieron resucitado, pero nosotros no lo hemos visto.

Y aquí también nos encontramos con Pedro, con los demás apóstoles y Pedro también enfrenta la tentación de volver a su vida pasada. "Me voy a pescar, nosotros vamos contigo", y esa noche no pescaron nada y volvían a su oficio, volvían al oficio del cual eran expertos, eran pescadores y, sin embargo, esa noche no pescaron nada. Como los dos discípulos que camino a Emaús, sentían

que su corazón estaba desalentado, habían perdido la esperanza. Y aquí es Jesús que los invita a tirar la red, y la red se llenó tanto de peces que no podían tirarla, y es que el antiguo trabajo de los apóstoles ya no era su profesión, Jesús lo había cambiado.

Es que la antigua misión y el antiguo trabajo de los apóstoles, Jesús los había transformado en pescadores de hombres. Ya no era expertos en la pesca de peces. La tarea que habían recibido, y para eso el Señor los había preparado, era la de ser pescadores de hombres: "Tiren las redes", y allí una imagen de una red llena de peces, 153 peces, vuelve a suscitar en el corazón de Pedro y de los demás la verdadera misión, quien había dado la nueva misión, es el Señor, en una expresión de fe. Frente a la incapacidad de vivir la profesión anterior, frente a la nulidad de su trabajo, descubren que solamente en la vocación del Señor que les ha dado, ahí pueden ver la fecundidad de su vida y de su misión. Y nos dice el texto que nadie se atrevía a preguntarle ¿quién eres? porque sabían que era el Señor.

También este texto, es muy inspirador para el inicio de año académico de nuestra Universidad Católica, una universidad que nace del corazón creyente de la Iglesia. Muchas veces podremos sentir nosotros la tentación de pescar en otras orillas del mar, en otras aguas. Y es la voz del Señor que nos invita a confiar y a tirar las redes, y solamente si tiramos las redes tendremos la oportunidad de ver la plenitud de la pesca y podremos descubrir también nosotros con esa alegría que brota del corazón del Señor, y aunque a veces no nos atrevemos, quién es el que opera tantos milagros.

Hoy en la eucaristía, vemos el gesto de bondad de Jesús, cuando los apóstoles llegaron a tierra y encontraron fuego encendido, un pescado asado y encontraron un pan que Jesús se encontró y que se los dio. Vemos también nosotros la fe de hoy y de cada día de nuestra existencia, que puede expresarse con la misma fe que los apóstoles entregaron al Señor resucitado como testimonio de fe. Hemos visto al Señor. Que cada uno de quienes trabajamos en esta Pontificia Universidad Católica de Chile podamos trabajar a partir de esta experiencia, experiencia de hombres y mujeres que dijeron "hemos visto al Señor", que celebremos su Pascua. Confiemos plenamente en que su presencia de verlo resucitado, para que haya alimento para tanta gente, especialmente en aquellos jóvenes que aquí viene a recibir y a buscar, no solo el pan de la ciencia, sino sobre todo, el de la sabiduría de vida.

Que la gracia del Señor nos asista siempre y nos asista también la protección de la Virgen María. Amén.